

Loreto Chávez O.

El territorio del texto. Las novelas de Guadalupe Santa Cruz

La relevancia de la obra de Guadalupe Santa Cruz –quien ha sido un poco olvidada por la crítica y de alguna manera silenciada por los medios de difusión de libros–, radica en la búsqueda irrenunciable y sostenida de una escritura propia, definida por dos elementos centrales en su narrativa y que pueden seguirse a través de sus novelas¹: el desarrollo de un proyecto escritural singular, con una densidad poética y significativa, y la dominante presencia topográfica en sus relatos, que le han valido a sus escritos ser llamados por la crítica con el nombre de “arqui-textos”.

Las novelas de Guadalupe Santa Cruz no pueden leerse desde una perspectiva tradicional, como el tránsito hacia la resolución de un nudo, sino todo lo contrario: son las vueltas de ese nudo, los intersticios, los que ocuparán sus páginas retorciendo la historia y las hablas en un ejercicio expresivo de la propia trama. En este sentido, el lenguaje es el principal protagonista de la historia, es allí donde la autora despliega toda su creatividad, en la estructura de la frase, en la palabra usurpada a otros espacios, arrastrada hasta el texto y colocada de manera tal que la lectura traspasa el límite de la mera referencia.

Con igual preponderancia aparecen los lugares físicos, referidos por la misma autora como una relación estrecha entre espacio y escritura –*en cada novela he tratado de confrontar los cuerpos y los espacios, poniéndolos a prueba y viendo como se inventan de manera mutua*²–. Así en los distintos libros se despliega este vínculo que adquiere formas específicas. En la primera novela *Salir* la relación se expresa en el nexa casa-cuerpo. En *Cita capital*, es el plano, el mapa que se vive y habita, es el enamoramiento de la ciudad. En *El contagio* el territorio es el hospital-cárcel, espacio que se metamorfosea constantemente, a ratos remite a ciudadela (cercada y con muros) a ratos es lugar de limpieza (de descontagio), purgatorio, con niveles (alto, subsuelo, subterráneo), laberintos, accesos cerrados. En *Los conversos*, la ciudad prometida se transforma en un espacio isla, en donde los inmigrantes son arrojados a su propia suerte disfrazada de organizada burocracia, una ciudad ajena, que deben conocer y cuyo tránsito es una aventura, un desafío. Los espacios físicos adquieren así, una presencia relevante dentro de la novela, asumiendo rol de personaje, que permanecerá agazapado a la vuelta de cada frase para resignificarse y constituirse en parte de la trama.

El viaje: encuentro y fuga

La consistencia del proyecto novelístico de Guadalupe Santa Cruz, permite reconocer algunos temas recurrentes –típicos– que cruzan su narrativa. De este modo resulta especialmente significativo el tema del viaje, que emerge ya con el título de su novela inicial, *Salir*. La errancia de la protagonista en una constante búsqueda de sí, dialéctica entre la permanencia y la huida. De alguna manera la referencia es más intimista, el tránsito apunta a las itinerancias existenciales que padece en el proceso de rearticulación que le permitirá la salida. En este tránsito se irá reconstruyendo la protagonista desde su propio cuerpo perdido.

Sandra y Octavio, los personajes de *Cita capital*, deambulan por la ciudad de Santiago, también tras la huella de sí. El río, las micros, las calles, los paseos, los barrios y sus olores, van apoderándose de los personajes que necesitan reconocer en este tránsito incansable, el territorio arrebatado. La vagancia aquí va tras la reconstitución obsesiva de un mundo perdido, y camina hacia un encuentro imposibilitado por las condiciones de extrañeza que impone la propia ciudad: “lo nuestro fue una cita mendiga, le dijo Sandra al ingresar al tren al puerto de Valparaíso. La ciudad era aquello que mediaba entre tú y yo, Octavio y nos era equidistante. No había que someterla a conocimiento.”

Asimismo, el viaje constituye el deseo permanente en el discurso de Apolonia, la protagonista de *El contagio*. Ella manipuladora de alimentos del hospital donde transcurre la trama, manifiesta el anhelo de la fuga, como una utopía vital “deseo viajar relatándome, para contar historia propia yéndome.” Esta necesidad de abandono, de escape del recinto hospitalario, que muta en cárcel, será el motivo central en el devenir de la protagonista.

Los conversos, nos sitúa ante una escenografía apocalíptica, en la que los personajes son inmigrantes en una ciudad inexistente, la “Gran Ciudad”, un espacio que deberán hacer suyo, reconocerlo, aprenderlo, memorizarlo para no perderse, pero en este aprendizaje, se ven obligados a relegar sus recuerdos a su condición mínima: “Dejaré mi barrio en el lindero del bulevar. Me soltará esa cosa mucosa que debilita. El engrudo de familia se esparce y adelgaza y diluye por las cuadras, la cosa pegajosa que cocina y habla y barre en torno al mismo olor.”

El ocultamiento y los pliegues de la historia

En la organización de la estructura escritural de Guadalupe Santa Cruz, la historia de los personajes, al igual que parte de nuestra historia reciente,

permanece silenciada. Ellos transitan por el texto, como seres que arrastran un pasado que apenas se deja ver tras la neblina de un velo; quedan ocultos como si un excesivo pudor los inundara y les impidiera exhibir su historia. Seres fragmentados, que se buscan a sí mismos, que anhelan su restitución luego de haber sufrido la experiencia traumática del exilio, la muerte de la madre, la condena por un delito político, la marca de la inmigración o la culpa heredada. Hechos que vamos conociendo poco a poco, en frases cortas y esparcidas a lo largo de las páginas de los textos.

Subyace así la huella de la herida histórica, la presencia política recorre cada una de las páginas de las cuatro novelas, sin embargo no existe la referencia directa, no hay dato, no hay nombres ni fechas, lo que leemos es la atmósfera carcelaria, la emoción del retorno, la angustia de la clandestinidad, la nostalgia del transplantado. Es posible entonces habitar en este territorio textual que se nos hace conocido, porque las marcas trazadas por la historia patria de los últimos treinta años, quedan impresas en el aire que se respira a través de las páginas. Escritura que habla más de lo que dice, significando realidades subjetivas que se objetivizan en la puesta en común. Así cada novela podemos identificarla con los diferentes temas políticos que circulan y tensan el discurso social de este país: *Salir*, es la novela signada con la impronta del retorno del exilio, la búsqueda del país que se ha vuelto ajeno y laberíntico. *Cita capital*, el territorio que se remarca en la necesidad ciudadana de reapropiación del espacio público, para desde allí reconstruir la historia. En *El contagio*, la presencia de un estado que sigue siendo policial, la referencia a la persecución política traza un texto por debajo de la trama novelística. Y por último, la novela más reciente *Los conversos*, asume la fragmentariedad de la memoria como condición para la instalación de un discurso otro, múltiple e integrador. La preocupación por recuperar la memoria y mantenerla vigente, es uno de los temas hila la narración del texto, cuyos personajes rearmen una historia lacerante a partir de la narración fragmentada y subjetiva de lo vivido.

La tragedia de la protagonista de *Salir* está teñida por este quiebre político, que la despoja de sí y la obliga a su reconstrucción. Octavio en *Cita capital*, regresa para encontrar a su madre muerta, también como consecuencia de un estado dictatorial. Asimismo, Sandra visita al padre de su hijo que habita en las afueras de la ciudad en una especie de autoexilio o clandestinidad. Elías, el personaje recluido en el hospital de *El contagio* –cuyo significativo nombre es “Pedro Redentor”–, purga una especie de condena por algo que no se sabe (ni es necesario saberlo), pero que remite a crimen político. Asimismo, los personajes transplantados en *Los conversos* se resisten a la pérdida de la lengua que los identifica, porque es en su propia habla donde se aloja la memoria, ambas están

imbricadas, olvidar el idioma implica no tener las palabras para nombrar aquello más familiar, más añorado, "Tomé curso, tomé idioma y subsidio en el instituto. Y callé la tierra y el cielo de los ayeres porque aquí, en el idioma de todos que yo odiaba, ya no se llamaban igual y no podían ser nombrados sin la lástima que produce el hoy."

La búsqueda de un lenguaje propio, denso, una lengua que hable por sí y para sí, que restituya el valor de la palabra por sobre la anécdota. La presencia del espacio, del plano que se extiende para hacer deambular a los personajes y dejar que ruede la historia, remarcando obsesivamente el territorio conocido, para transformarlo en territorio significativo, donde el tramado textual podrá tener asidero. La historia a medio contar, la escritura que en un contrasentido habla a través de los silencios. Los fragmentos, el discurso armado con retazos como los trozos de colores que arman la figura del caleidoscopio, todas las partes son parte del todo, la memoria se construye con las memorias parceladas.

Las novelas de Guadalupe Santa Cruz suman a todos estos elementos, una organización narrativa que organiza los textos en capítulos y subcapítulos en apariencia inconexos, esparcidos en el papel sin orden evidente, que armados a partir de la lectura van dejando al descubierto el mapa minuciosamente diseñado y fuertemente trazado que revela un plan de escritura, un propósito que se ensaya en cada libro y que no renuncia a su propio proyecto político y creativo.

Notas

- 1 Las 4 novelas de la autora referidas en este artículo son: *Salir*, Santiago: Cuarto Propio, 1989; *Cita capital*, Santiago: Cuarto Propio, 1992; *El contagio*, Santiago: Cuarto Propio, 1997 y *Los conversos*, Santiago: Editorial Lom, 2001.
- 2 Gelpí, Juan G. "La seducción de la diferencia. Entrevista con Guadalupe Santa Cruz." En: *Nómada* 4, 1999, Puerto Rico, pág. 55.